

ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA

DOSIER

Bandoleros andaluces

Entre la historia y la leyenda

Cerco a la corrupción

Los Reyes Católicos y el
Gobierno de Sevilla

Un cacique andaluz

Semblanza del Marqués
de la Vega de Armijo



DVD de regalo La Guerra Civil en Andalucía (capítulo resumen)

Año V | número 22 | octubre - diciembre | 2008 | 3,50 €

Los ladrones en una verita, José Domínguez Bécquer

Ahora que se cumplen cincuenta años del hallazgo del tesoro del Carambolo, el mismo yacimiento arqueológico que lo había guardado desde la Antigüedad hasta 1958 ha trastocado nuestra visión de Tartessos y de lo que fue la colonización fenicia del mediodía ibérico. Las recientes excavaciones han puesto al descubierto un importante santuario dedicado a la Diosa Astarté construido a la vez que se fundaba la ciudad de Sevilla. En este recinto sagrado se han podido constatar cultos astrales que evidencian una profunda teología solar.

Arqueoastronomía en el Carambolo

Una nueva explicación para el mito del dios que muere y resucita

JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
OCT
2008
34

Los recientes trabajos arqueológicos realizados en el cabezo del Carambolo han sacado a la luz un edificio construido a finales del siglo IX a.C. como una humilde estructura rectangular con eje longitudinal este-oeste subdividida en tres espacios: un patio y dos estancias cubiertas al fondo de éste. El acceso al conjunto, en la fachada oriental, era una pequeña rampa para subir hasta el umbral desde el exterior y dos escalones para bajar al interior. Los tres peldaños resultantes se pavimentaron con conchas marinas. Cada habitación tenía puerta independiente al patio. Aunque la situada al norte apareció muy destruida, la sur albergaba un altar circular de barro con forma parecida al del santuario extremeño de Cancho Roano. En el siglo VIII a.C. este pequeño templo se convierte en patio central trasero de un enorme complejo ceremonial de planta trapezoidal. En esta otra etapa se diseña un gran espacio abierto de entrada y un conjunto de estancias rectangulares al fondo que se articulan en torno al patio central que antes fuera primer santuario. Separando estos dos ámbitos —gran explanada de acceso y salas del fondo— se extiende un nártex que con el tiempo acabaría pavimentado también con conchas marinas.

Al norte del pequeño patio del fondo se ubicó una capilla con gradas pintadas en rojo y blanco destinada al culto de Astarté. Rebasado el centro de esta habitación, existió en su día un posible altar del que solo se ha

LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES PROPORCIONAN LAS CLAVES PARA EXPLICAR EL ORIGEN DEL MITO DE LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN DE BAAL, SEÑOR DE LOS CANANEOS

localizado su base de adobes. Pero la capilla mejor conservada, la consagrada a Baal/Melqart, se localizó en el sur del templo. También aquí había bancos adosados a las paredes para los fieles, en este caso pintados con un ajedrezado rojo y negro. En el centro de esta celda se dispuso un altar en forma de piel de toro excavado en el propio pavimento de arcilla. Pintado por completo de rojo, conservaba en su centro la espectacular huella del hogar, que trascendía los límites del ara. Dicho altar se asemeja a la forma de los frontiles del tesoro del Carambolo, piezas doradas que lucían en su testuz los toros que iban a ser sacrificados para los dioses.

Desde su fundación, la orientación de la puerta del templo hacia el orto solar del solsticio de verano, así como la posible identificación entre la divinidad masculina y el Sol, sugieren una mayor importancia del dios frente a la diosa. Este hecho puede ser un legado de viejas tradiciones sacerdotales ca-

naneas, que mostraron preferencia por Baal frente al cariño popular por Astarté.

La construcción del primer templo tuvo en cuenta la existencia delante del edificio de una pequeña elevación del terreno que superaba en dos o tres metros la altura de la explanada delantera. Hoy, este resalte se ha perdido a causa de las remociones posteriores a la construcción del primer templo, pero ha podido detectarse bien a través de estudios geológicos. De esta manera, quienes contemplaran en su día la salida del Sol durante el solsticio de verano observarían una imagen muy parecida a la que en el mundo fenicio representó al disco solar sobre *Sapanu*, la montaña sagrada. Por eso se orientaron hacia el mismo horizonte astronómico tanto el santuario primitivo como la capilla sur que se añade posteriormente y el altar en forma de piel de toro ubicado en ella. Esta característica no la respetan en cambio las humildes construcciones que ocupan la ladera norte del cerro, que parecen simples viviendas.

La disposición helioscópica de tales estructuras tuvo como primera meta, entre otros aspectos rituales, fijar las jornadas exactas en que debían celebrarse las fiestas del ciclo vital de Baal. La muerte y resurrección del dios y el ritual correspondiente a dicha celebración litúrgica se conmemoraban en los días del solsticio de verano, en coincidencia simbólica entre la consumición del dios por el fuego del altar y el comienzo de



Altar en forma de piel de toro que ocupa el centro de la capilla de Baal, similar a los frontiles del tesoro del Carambolo.

las ardientes temperaturas estivales. De esta forma, la percepción correcta de cuándo ocurría dicha posición astral regulaba el calendario al marcar con precisión el principio del verano. El control del tiempo cronológico era, de hecho, un atributo de Baal, asimilado a Cronos-Saturno. A tal advocación los fenicios de Tartessos otorgaron singular importancia al dedicarle un templo en Cádiz.

Los solsticios son en principio las posiciones solares más fáciles de fijar en tanto que corresponden a paradas aparentes de la declinación helíaca sobre el horizonte, donde existen posibilidades de georreferenciación de los ortos y de los ocasos. Por el contrario, los equinoccios son entelequias matemáticas equivalentes a la ausencia de declinación solar, es decir, $\alpha=0^\circ$, sólo deducibles por tanto mediante la segmentación bipartita de todo el recorrido solar por el horizonte del amanecer o del anochecer. En el caso de los altares de barro hispanos en forma de piel de toro, su carácter inmueble garantizaba sin duda su correcta orientación ritual y, por tanto, su enfoque celeste inmutable, residiendo tal vez la máxima dificultad en determinar su fiel orientación al orto solar del solsticio de junio y al ocaso del de diciembre en el momento de su construcción. E incluso si su

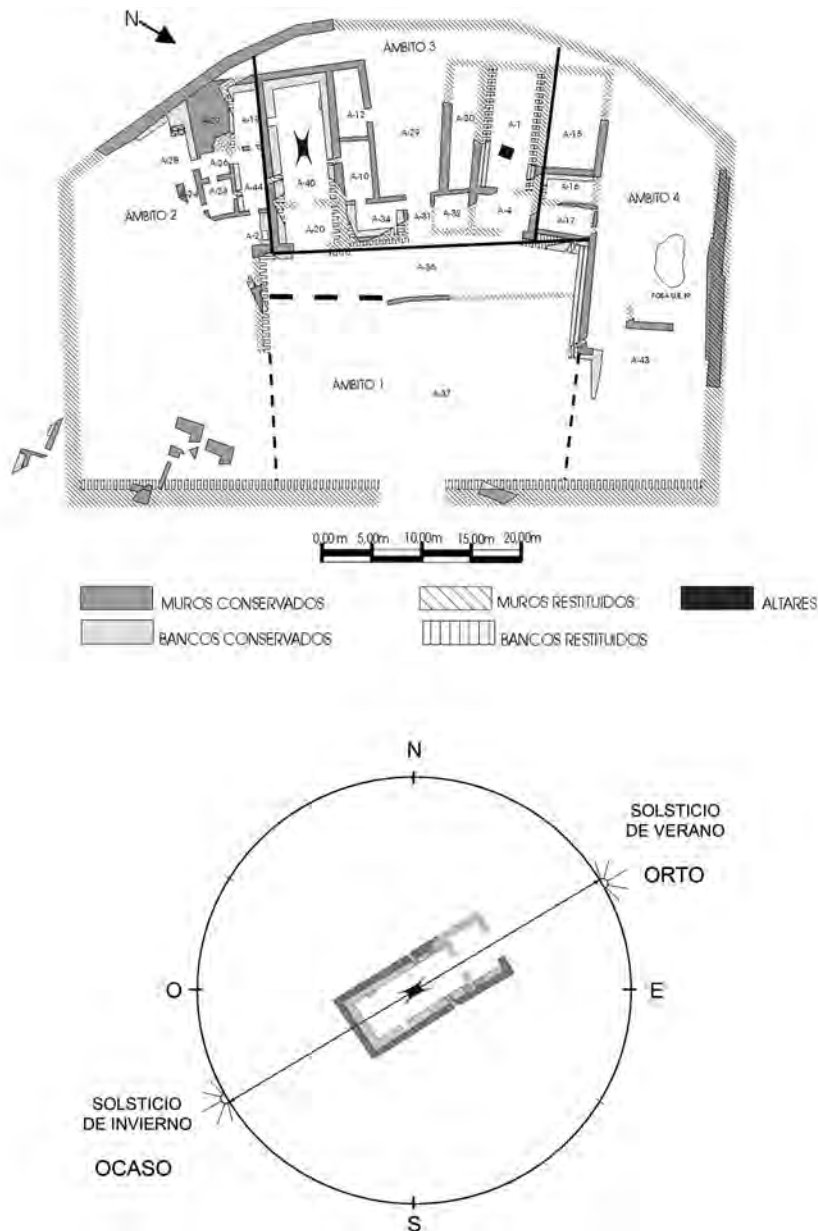
EL RESUCITADOR DE LA DIVINIDAD PUDO LUCIR ALGUNA DE LAS JOYAS HALLADAS EN EL TESORO DEL CARAMBOLO COMO LOS BRAZALETES Y EL COLLAR

utilidad en la práctica astronómica no fuera del todo eficiente, durante su vida como elemento litúrgico garantizaron al menos de forma simbólica la planificación cronológica del año y la identificación de otros cuerpos celestes importantes.

UNA TEOLOGÍA SOLAR. Los altares en forma de piel de toro constituyen uno de los muchos elementos llegados hasta Occidente de manos de la diáspora fenicia, quizás como parte de una tradición religiosa común a Siria y a Chipre. Como otros credos orientales, la religión fenicia prestó especial atención a los conocimientos sobre el cosmos. Camuflada bajo el aspecto de ritos litúrgicos en honor de divinidades astrales, la observación de la bóveda celeste desembocaba en acciones prácticas imprescindibles para organizar

la vida cotidiana. Entre los cananeos, la agricultura y la navegación eran dos actividades vinculadas a una determinación relativamente precisa de la sucesión de las estaciones. En su acepción de Baal Cronos, este cometido estuvo confiado al dios masculino; razón por la cual una de las misiones de los sacerdotes gaditanos fue entender de las posiciones y movimientos del Sol y de algunas constelaciones según nos transmitió el geógrafo de época romana Estrabón.

La orientación de las puertas del templo del Carambolo privilegia el este sobre el oeste, con lo que podemos sostener que la fiesta principal se refería al orto del 21 ó 22 de junio, y no a las otras tres posiciones solsticiales sobre el horizonte. Las razones que explican tal elección están ligadas a los mitos orientales que dotaron a las divinidades de caracteres antropomorfos, con una existencia por tanto similar a la de cualquier humano. Concentrada esa vida en la liturgia anual, un mínimo conocimiento del peregrinar del Sol por el horizonte en sus ortos y ocasos permitía equiparar ese desplazamiento, de poco más de 365 días de duración, con el devenir casi humano de un dios que nace, que muere y que resucita. Si ese dios omnipotente podía ser comparado con un objeto del firma-



Planta del santuario del Carambolo durante el siglo VIII a.C. (izda.) y orientación helioscópica de la capilla de Baal y de su altar.

Frazer a finales del siglo XIX y que relacionaba este mito con los ciclos de nacimiento y muerte de la vegetación mediterránea, la hipótesis astronómica permite en cambio asimilar la muerte del dios con los dos días en que el orto solar se produce en el mismo punto del horizonte, y su resurrección con la puesta en movimiento percibida en la jornada siguiente a esta parada, es decir, al tercer día. No es casual que en un famoso relieve encontrado en la ciudad libanesa de Sidón que representa el ritual de la muerte y resurrección del dios, esta última se sitúe a la entrada del templo, porque era esa fachada la que disponía de una entrada por la que pudieran penetrar los rayos solares durante el orto solsticial de verano si el edificio estaba orientado conforme al dogma. Y a pesar de que la quietud solsticial del Sol nunca es absoluta, el segmento implicado en el deslizamiento (menos de 1' de arco) es imperceptible para el ojo humano. Si el disco solar mide 0,5º de arco, es decir, 30', el tamaño mínimo que podemos captar desprovistos de instrumental de precisión está establecido aproximadamente en 1' de arco. En cambio, la declinación solar puede ya constatararse a simple vista —sólo con la debida protección contra la luz y contando con referencias estables— al amanecer del tercer día.

Otros datos apoyan la hipótesis deducida a partir del Carambolo y de otros santuarios fenicios del sur de la Península ibérica. Cabría citar en primer lugar el epíteto con que muchas veces se alude al dios en los textos de la época, donde aparece como “fuego del cielo”, un término extremadamente parecido a la alusión egipcia como “divino ojo de fuego” para el disco solar. Estarían en segundo lugar los verbos empleados por la literatura baálica cananea para morir (*mwt*) y vivir (*yhw*), que aluden a una muerte y a una vida reales, no metafóricas, tan ciertas como la parada y el reinicio del movimiento solar que durante los solsticios puede comprobar empíricamente cualquier observador terrestre. Y, por último, el momento preciso en que aquel mito colocó la resurrección, el alba, cuando el disco solar emerge del horizonte oriental y cuenta por tanto con referencias orográficas que permiten acotar con facilidad su posición siempre que se observe cada jornada desde el mismo emplazamiento.

mento, en calidad de Baal del cielo, las evidencias empíricas de la época reconocían al Sol como el astro más poderoso, creencia practicada también en el Egipto faraónico. Así, el nacimiento del dios podía fijarse en torno al solsticio de diciembre, cuando los días comienzan a crecer como crece cualquier criatura; y su vida, por tanto, podía establecerse desde este momento hasta que de nuevo la luz empieza a decrecer frente a la oscuridad, lo que acontece a partir del solsticio estival. En la línea del horizonte oriental, estos deslizamientos se plasman en una salida cada vez más al norte del disco solar. El límite septentrional de tal avance corresponde al solsticio de junio, cuando de nuevo el Sol inicia un viaje hacia el sur.

Así pues, las culturas del Mediterráneo antiguo, con cosmovisiones radicalmente geocéntricas, observaron que, durante los

ortos solsticiales —pero también en los ocasos—, el astro rey finalizaba su desplazamiento hacia el norte en verano y hacia el sur en invierno, y que lo reiniciaba a partir de unos pocos días en dirección opuesta. Durante no más de dos jornadas, el Sol mostraba quietud sobre los horizontes matutino y vespertino. Por tanto, en tal hecho astronómico pudo estar basada la creencia en un dios que muere para resucitar al tercer día, lo que explicaría por qué eran dos las jornadas que las plañideras lloraban la muerte de estas divinidades orientales que vuelven a la vida después de fallecer. Una muerte de dos jornadas y una resurrección al día tercero son atributos regeneradores que define al Baal de los fenicios y a otros dioses semitas antiguos.

Frente a la explicación naturalista defendida hasta ahora, propuesta por J.G.



Interpretación del paisaje que se veía mirando al este desde el templo primitivo; en el centro, ara circular de Cancho Roano. A la dcha., el altar del Carambolo.

ASTRÓNOMOS Y SACERDOTES. Aunque los cananeos practicaron también ritos lunares, la documentación feniciopúnica del primer milenio a.C. cita como uno de los cargos más relevantes del clero uno que pudo tener relación directa con la liturgia de los solsticios, en especial con la de junio, y que recibe el título de *mqm 'Im* ("resucitador de la divinidad"). Este sacerdote, que podría identificarse en algún caso con el propio rey cuando éste ejercía como sumo celebrante de la liturgia, es el principal oficiante en la *égersis* de Melqart. Pudo ser, por tanto, el principal entendido en fijar la jornada exacta en que el Sol se manifestaba de nuevo con vida al recuperar su movimiento en la línea del horizonte matutino después de su parada solsticial. En esa época, el trabajo de los sacerdotes en la ampliación del conocimiento 'científico' era claramente una herencia de situaciones mucho más antiguas. En este terreno, y llegado el primer milenio a.C., fueron especialmente adaptativos los saberes astronómicos, porque su aplicación a los desplazamientos náuticos por parte de los fenicios, para los que usaron fundamentalmente la Osa Menor cuando se realizaban singladuras nocturnas, influyeron de forma muy positiva a la hora de organizar las rutas por las que se expandió la población fenicia.

Sabemos que la *égersis* del dios era una fiesta cíclica que conmemoraba un momento especial de su vida, y que sólo se llevaba a cabo, por tanto, en una fecha concreta fijada por el calendario religioso. En este contexto, los altares helioscópicos pudieron constituir, por tanto, una marca ritual y simbólica de estas dos posiciones solsticiales, la del orto de junio y la del ocaso de diciembre. La identificación de esa divinidad masculina fenicia con otros dioses antiguos como Tammuz y Adonis ha llevado a pensar que esta ceremonia de resurrección y los rituales fúnebres que la precedían se conmemoraban en los días de la transición de la primavera al verano, lo que habría quedado escrito en la Biblia hebrea cuando se alude a la contaminación de los israelitas por cultos solares que Yavé aborrece, en

EN LA IDENTIFICACIÓN DEL DIOS CON EL SOL, TAN CLARA EN EL CARAMBOLO, PODRÍAN RESIDIR LOS CIMIENTOS DEL MONOTEÍSMO

concreto en el párrafo del libro de Ezequiel (8, 16) que describe cómo unas mujeres lloran la muerte de Tammuz ante el templo de Jerusalén.

El *mqm 'Im* pudo lucir algunas de las joyas del tesoro del Carambolo: los brazaletes y el collar. Son estas piezas, de hecho, casi los únicos emblemas que visten las representaciones sacerdotales de la época. Sus saberes cósmicos habrían contribuido a encumbrar su figura, pues el cargo aparece rodeado del mayor prestigio hasta época púnica según revelan los epígrafes de Cartago, donde el título estuvo por lo común reservado a personajes de alto rango. Para su labor ritual como resucitador del dios, las aras del cielo resultaban instrumentos litúrgicos indispensables. Su carácter inmueble garantizaba su estabilidad, y con ella la orientación astral correcta. Llegado el caso, con esos elementos dogmáticamente orientados se podían precisar los comienzos del verano y del invierno. En consecuencia, el altar del Carambolo no fue sólo un lugar sagrado en el que quemar ofrendas para el dios; tenía también otras funciones rituales y simbólicas, convirtiéndose en un emblema que pervivió en algún caso hasta época romana. Posiblemente representó, para los fieles que allí acudían, el sitio en el que la propia divinidad se ofrecía en holocausto como víctima de redención y purificación por el fuego, en el fondo el núcleo medular de la misión salvífica de la muerte y resurrección de Baal.

Altares helioscópicos, muerte y resurrección divinas, paradas solsticiales del disco solar y fuego se muestran así como las variables más precisas para explicar el

nacimiento de una historia mítica que todavía hoy orienta la vida de muchos humanos y ordena su calendario religioso. Es más, en la identificación del dios con el Sol, tan clara en los aspectos rituales y arquitectónicos del Carambolo, podrían residir los cimientos del monoteísmo dada la naturaleza única del astro rey. Esta poderosa razón, es decir, el hecho de que el Sol fuera para las culturas antiguas un unicum, porque no se reconocía como una estrella más ni tampoco como un planeta, justifica que muchas religiones que lo tuvieron por divinidad mostraran en determinado momento de su evolución una marcada tendencia al monoteísmo, en un proceso excluyente que no asimila a los demás entes divinos sino que pretende su anulación, con ejemplos en el mundo antiguo tan elocuentes como el Yavé de Israel, el Atón de Amenofis IV o el *Deus Sol Inuictus* del emperador romano Heliogábalo. ■

Más información

Escacena, J.L.

Allas el estrellero, o Darwin en las sacristías. J.L. Escacena y E. Ferrer (ed.), Entre Dios y los hombres: el sacerdocio en la Antigüedad (Spal Monografías VII): 103-156. Universidad de Sevilla, Sevilla.

Escacena, J.L.

El dios que resucita: claves de un mito en su primer viaje a Occidente J.J. Justel y otros (ed.), Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización (Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo): 615-651. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza.

Fernández Flores, A.; Rodríguez Azogue, A.

Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos. Almuzara, Córdoba. (2007)